

menos, un rasgo de mal gusto y muy poco serio, desde el punto de vista artístico. La feliz evocación que de la vida colonial habanera se hace en esta primera parte de la obra, no consigue desvanecer ni siquiera atenuar la desagradable impresión que la persistencia en detallar la grosera precocidad sensual del héroe produce en todo lector refinado y con cierta sensibilidad estética. Solamente los novelistas mediocres precisan de tales recursos. Si el señor Loveira se toma el trabajo de revisar *in mente* sus autores favoritos, como Eça de Queiroz, Galdós, Blasco Ibáñez, Anatole France, Dostoiewski, etc, etc, no encontrará en ellos nada semejante a la pintura que él nos da en *Juan Criollo*. Es posible que algunos, Eça por ejemplo, en *O Primo Basilio*, en *Os Maias*, en *O Crimen do Padre Amaro*, nos ofrezcan escenas de un realismo más acusado que nada de lo que él nos da; pero son eso, escenas, pasajes, artística y sobriamente pintados, sin insistir sobre el tópico ni hacer de él el tema central de la obra.

Ahora bien, descartadas todas estas máculas que hemos señalado, todavía habría que reconocerle al señor Loveira una de las más robustas personalidades como novelista de cuantas nuestra América ha producido. Mucho hemos de esperar todavía de él: sus años mozos aún, su cultura cada día más amplia, su ruda experiencia y su gran talento, amén de otras condiciones innatas, lo habilitan para llegar a ser uno de los grandes novelistas de nuestra lengua. Por lo mismo que tenemos fé en su capacidad y esperamos de él esfuerzos que superen en muchos codos a los ya realizados, es que nos hemos detenido a estudiar prolijamente su obra. Por de pronto ha evidenciado la riqueza y el colorido de la idiosincrasia criolla y ha demostrado que en el ambiente cubano hay mucha y muy fina materia novelable, que la psicología criolla es una cantera infinita y poco menos que intocada todavía. Adéntrese el señor Loveira en la selva virgen de las gestas heroicas cubanas, que allí el material se ofrece pródigo y succulento. Ahonde en ese pasado de su país al que con ojos penetrantes se asomó en *Juan Criollo* y encontrará un riquísimo ambiente novelable, a la vez intacto y sugerente. Su labor hasta el presente, si abunda en defectos, ha servido para demostrarnos lo mucho que de él podemos prometernos y seguros estamos de que no habrá de defraudarnos.

MANUEL PEDRO GONZÁLEZ

UNIVERSITY OF CALIFORNIA AT LOS ANGELES

Post-Scriptum. El precedente trabajo se escribió con bastante antelación a la muerte del señor Loveira. La noticia de su repentino fallecimiento nos ha sobrecogido y apenado profundamente. Hoy quisiéramos que el tono, un poco agresivo,

con que aquí aparecen condenadas algunas tendencias artísticas del malogrado novelista, no fuese tan enérgico. Mas él que amó siempre la verdad y la sinceridad por sobre todas las cosas, si desde la otra orilla pudiera todavía ver este ruín mundo, sabría aquilatar nuestra pureza de intenciones. Cuanto aquí se dice queda para nosotros en pie aun hoy y no rectificáramos ningún punto esencial en una estimativa de *post mortem*. Su muerte constituye una gran quiebra para las letras cubanas. Con su prematura desaparición Cuba pierde a uno de sus hijos más preclaros, y la novelística americana a uno de sus cultivadores más felizmente dotados. N. del A.

FEDERICO GARCÍA LORCA. *Romancero Gitano*. Madrid, Revista de Occidente, 1928, 144 págs.

Nada ha sido nuevo en estas violencias que los "vanguardistas" volvieron contra el realismo popular y tradicional de la lírica española. Esta lucha es ya vieja en España. Esta lucha es España misma; mejor dicho, la violencia de esta lucha es España, porque el encuentro enemigo de lo consuetudinario y lo selecto, de lo tradicional y lo nuevo, de lo ecuménico y lo parroquial es eterno y universal. La violencia, la violencia de este encuentro es lo específicamente español.

Y contra esto no podemos ir, porque del remanso de estas violencias ha venido siempre la poca o mucha luz que tenemos. Del remanso de estas violencias ha venido siempre el tono equilibrado: nuevo y tradicional, popular y exquisito, doméstico y estelar. Federico García Lorca ha sido ahora este tono. El triunfo, el botín que hemos ganado en esta lucha que ha venido ya a serenarse en una quietud de estudio y de meditación.

En ninguna de las obras anteriores de Federico García Lorca *Libro de Poemas* (1921) y *Canciones* (1927) se acoplan estas dos elementos tan por igual como en su último libro *Romancero Gitano*.

Ya suben los dos compadres
hacia las altas barandas.
Dejando un rastro de sangre.
Dejando un rastro de lágrimas.
Temblaban en los tejados
farolillos de hojalata.
Mil panderos de cristal,
herían la madrugada. . . .

En los cuatro primero versos el romance marcha gris bajo el cielo severo y familiar ya de Castilla, pero cuando serpea hacia adelante entra en seguida en el mundo nuevo del poeta y se viste